GÁLORA

Vientos de tormenta

Lourdes T. Castillo

PORTAL DE MUNDOS

Primera edición: octubre de 2016

©2016, del texto: Lourdes T. Castillo

Todos los derechos reservados

Edición: Portal de Mundos
Maquetación: Lourdes T. Castillo
Ilustraciones interiores y cubierta: Javier Borrón
E mail: javierborron@gmail.com

No se permite la reproducción total o
parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier
forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por
escrito de los titulares del *copyright*. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva
de delito contra la propiedad intelectual
(arts. 270 y siguientes del Código Penal).

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA

A mi abuela.
Círax lloró por ti y ahora , como tu heredera,
continuaré una nueva historia.

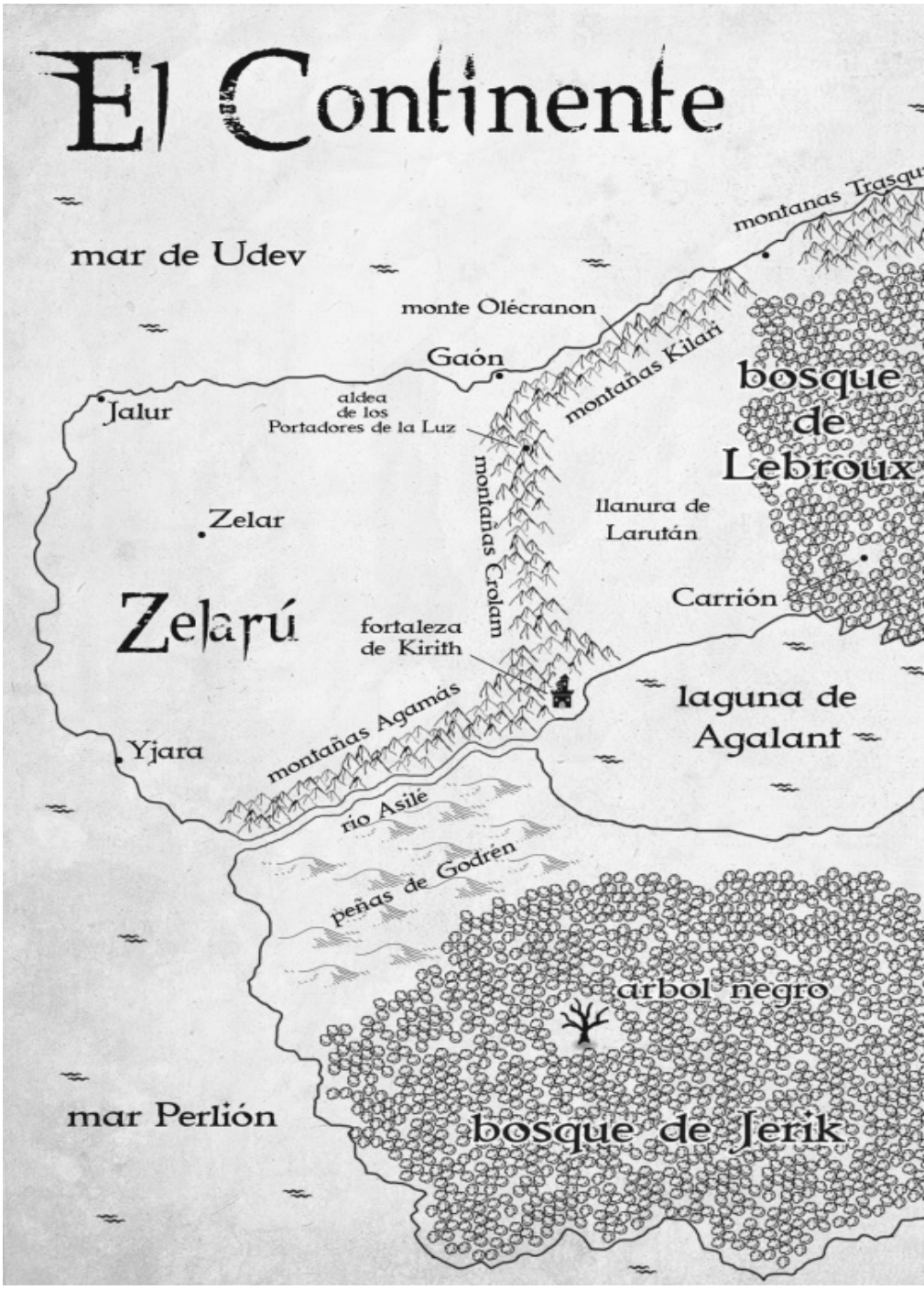
Esta cabeza, cuando viva, tuvo
sobre la arquitectura de estos huesos
carne y cabellos, por quien fueron presos
los ojos que mirándola detuvo.

Aquí la boca estuvo,
marchita ya con tan helados besos;
aquí los ojos, de esmeralda impresos,
color que tantas almas entretuvo;

aquí la estimativa, en quien tenía
el principio de todo movimiento;
aquí de las potencias la armonía.

¡Oh hermosura mortal, cometa al viento!
En donde tanta presunción vivía
desprecían los gusanos aposento.

A una calavera de mujer
LOPE DE VEGA, el Fénix de la Literatura.


El Continente
mar de Udev
montanas Trasqu
monte Olécranon
Gaón
montañas Kilari
bosque de Lebroux
Jalur
aldea de los Portadores de la Luz
montañas Crolam
llanura de Larután
Zelar
Zelarú
Carrión
fortaleza de Kirith
laguna de Agalant
montañas Agamás
Yjara
río Asilé
peñas de Godrén
arbol negro
mar Perlión
bosque de Jerik

Ningún Sitio
Inapsi
Inare
castillo de Inayara
Yreia
Irania
Untihl
Nepteria
Neptera
montanas Lim
Las Hermanas Limeia
rio Galonia
montanas Carún
rio Dade
Argentia
río Idilio
bosque de Plata
Heneffar
palacio de Argentia
montanas Kurtsur
tierras salvajes de Itarium
rio Jenecheri
N
O
E
S
mar Drileye

GUÍA DEL LECTOR

CÍRAX

Fálax

(falaxianos y turesianos, habitantes de las copas)

Asiró. Jefe de tribu falaxiana.
Enkire. Espada de Antel. Guerrero cuya misión es ser el protector de la hechicera Maira.
Gálora. Discípula de Sinlaya. Heredera de Antel.
Kalaka. Hermana menor de Asiró, futura jefa de tribu con el poder de conocer el alma de los grandes.

Kestrea

(kestreanos, habitantes del mar de las raíces)

Kegren. Guerrero muy cercano a PK.

CONTINENTE

Zelarú

(mágodes, habitantes del desierto rojo)

Alec. Curandero al servicio de Barlan-Sirrel.
Barlan-Sirrel. Antiguo rey de Zelarú.
Devon. Tío de Barlan, mago con el poder de resucitar a los muertos.
Eira. Gueva Maestra, sacerdotisa del desierto.
Esmeralda. Princesa de Zelarú, hija de Sedroul. Maga con el poder del viento y el rayo.
Izian. Heredero al trono de Zelarú.
Jazmine. Bruja pirata con el don de contactar con el mundo de los espíritus.
Lone. Siervo de Sedroul.
Maram. Primo segundo de Esmeralda, mago con el poder de transformar su apariencia.
Merión. Padre de Maram, primo del rey Sedroul.
Saghira. Gueva Maestra, sacerdotisa del desierto.
Sedroul. Rey de Zelarú.
Sirah. Gueva curandera.
Triev. Soldado seguidor y fiel de Esmeralda.
Vieja. Anciana perteneciente a la generación de los primeros magos del Continente.
Yasha. Gueva maestra, sacerdotisa del desierto bendecida por los dioses con el waiyí.
Zagreb. Urukza maestro, sacerdote del desierto bendecido por los dioses Innombrados.

Portadores de la Luz

(grupo mágodes rebelde contrario a Sedroul)

Ahara. Mujer de Ghaja.

Alhem. Hija de Kalot e Irxa.
Ghaja. Mágodes rebelde que ayuda a los nepterianos.
Irxa. Mujer de Kalot.
Jarim. Hijo de Kalot e Irxa.
Kalot. Hermano de Priet, líder de los Portadores de la Luz, grupo rebelde que pretende asesinar a Sedroul.
Lalos. Hijo de Priet y Melía.
Melía. Mujer de Priet.
Priet. Hermano de Kalot. También es líder de los Portadores de la Luz.
Raithzu. Gueva hija de Ghaja.

Néptera

(nepterianos, habitantes del bosque)

Aira. Hechicera madre de Axilian.
Axilian. Hechicero Maestro de Néptera. Cuñado de Levirat y su mejor amigo.
Gala. Reina de Néptera, esposa de Goncramer.
Genedro. Hijo del jefe de la aldea de Heneffar.
Goncramer. Rey de Néptera.
Iris. Maestra hechicera de la aldea Heneffar.
Levirat. Caballero guerrero de Néptera. Ha jurado matar a Sedroul.
Maira. Hechicera protegida por Enkire.
Pasiria. Esposa de Terresbón.
Saishen. Madre de Levirat.
Terresbón. Guerrero nepteriano amigo de Levirat.
Valerie. Princesa de Néptera, hija de Gala y Goncramer.

Argentia

(argentianos, habitantes del bosque de plata)

Lor. Mago discípulo de Barlan.

Halo. Pirata trotamundos, hijo de Jazmine. También tiene el poder de contactar con el mundo de los espíritus.
Saharem. Mago con la capacidad de absorber la oscuridad de las personas.
Taria. Hija de la luna, con el poder de percibir las emociones.

Yaunas

(raza de demonios morais)

Jell. Mecenas de Ydrekook.
Osimaru. Marido de Yharia.
Seth. Hijo natural de Yerec con la ambición del trono yauna.
Sirmendil. Mecenas y lugarteniente de Seth.
Wuaru. Mecenas y lugarteniente de Yharia.
Ydrekook. Hijo natural de Yerec dueño de la isla de Wallion.
Yerec. Rey de los yauna.
Yharia. También llamada, la Intocable. Hija natural de Yerec con la ambición del trono yauna.

Animales

Bicho. Pequeño yoku que coge cariño a Gálora.
Ío. Lagarto de Jazmine con la capacidad de leer la mente.
Baacara. Osona de Vieja.
Trás. Perra de Maira y Axilian.

RESUMEN
OJOS DE FUEGO

Por si no habéis leído la primera parte hace poco, os he redactado un pequeño resumen de *Ojos de fuego*. (Creo que me va a ser más difícil hacer este resumen, que escribir las más de seiscientas páginas...).

Gálora es una joven maga de piel verde que nace de los árboles. Procede del mundo de Círax del cual fue exiliada por su maestra Sinlaya el día en que esta murió.

La historia comienza cuando, Gálora, recién convertida en maga, aparece en el Continente, un mundo desconocido para ella. Barlan-Sirrel, rey de Zelarú, le ofrece cobijo pero ella desconfía de sus intenciones.

Enkire, la única persona del mundo de Círax que habita en el Continente, acude al campamento donde está la maga y la lleva ante Maira, una hechicera que podría ayudarla a regresar a su hogar.

Sin embargo, Maira dice no poder ayudarla y además, le revela que en su interior hay una poderosa fuerza oscura. Le ofrece un colgante para controlar su oscuridad y que Gálora no sea poseída por el Mal que lleva dentro.

Los nepterianos, quienes están en guerra contra los mágodes, rechazan por completo que Gálora se quede con ellos.

Tras ser traicionada por estos, Gálora es secuestrada por un desconocido que resulta ser Barlan, en un intento por hacerla su aliada. Este es el comienzo de un amor apasionado y sincero, ya que

entre ellos hay magia, pues la música que emiten cada uno con su poder es idéntica.

Aunque Gálora se enamora de Barlan, sigue pensando cómo regresar a su mundo, ya que el día en que fue exiliada, estalló una guerra civil y está preocupada por su familia. Descubre la existencia de una dimensión mágica llamada Darel-Num que le ofrecería la posibilidad de aumentar su capacidad mágica y quizás así, obtener el poder que necesita para regresar a Círax.

Sin previo aviso, Gálora se marcha a este lugar donde se enfrentará a sus mayores miedos.

Barlan no sabe cuándo regresará la maga y continúa su guerra contra los nepterianos. El día en que presenta batalla en la llanura de Larután contra sus enemigos, aparece Gálora mucho más poderosa que antes.

Maira, quien comprende que Barlan es un rival temible, realiza un conjuro mágico para que el poder del rey de Zelarú se duplique y le sobrepase, destruyéndole en el proceso. Gálora intenta salvarle pero Enkire la ataca y termina lanzando una flecha mágica contra el mágodes que le hace desaparecer convertido en una lengua de fuego.

Gálora, destrozada por la perdida de Barlan, jura matar a Maira, obligándola antes a realizar una poción que pueda hacerla regresar a Círax.

En este periodo, la maga tiene una visión en la que es advertida de que quizás Barlan pueda estar vivo. Con ayuda de Yasha y Alec, viajan hasta el monte Olecranón donde consigue que regrese a su forma humana.

El día en que Gálora acude a visitar a la hechicera para recoger la poción que les llevará hasta Círax, aparece un agujero oscuro que absorbe tanto a Enkire como a la maga, desapareciendo los dos en la oscuridad. Barlan siente de pronto el silencio que provoca su ausencia, lo que nos lleva a la pregunta que todos estáis esperando resolver: ¿dónde está Gálora?

PRIMERA PARTE

FRÍO

Un año. Un año había transcurrido desde que un día de tormenta, la extranjera llegase a nuestro Continente. Un año desde que mi señor Barlan cruzase la primera mirada con aquella joven. Un año desde que se enamoró de ella irremediablemente. Porque aunque él no lo hubiese dicho en voz alta, todos sabíamos que la amaba. Sin la extranjera, mi señor se sentía vacío por dentro. Así es como el antiguo rey de Zelarú observaba la nieve caer desde la cubierta del barco.

Inexpresivo, atendía a las olas que se agitaban alrededor de nuestro navío mientras atravesábamos el mar de Udev. La nieve cubría parte de la cubierta, mientras el estruendoso oleaje golpeaba con crueldad el barco. Escondido tras la puerta que daba a los camarotes, me preguntaba una vez más, cómo era posible que mi señor estuviese tan ajeno a la tormenta. Quizás el choque de emociones que sufría era más fuerte que el caos que nos rodeaba.

Barlan-Sirrel. Barlan el Maldito, como le habíamos llamado siempre. Un apellido que parecía precederle, pues de entre todas las mujeres, se había enamorado de una mujer maldita. Maldito él. Maldita ella.

Me atreví a acercarme hasta mi señor, quien se mantenía firme frente al mar. El viento nos abofeteaba. Sus pieles estaban empapadas y

en parte cubiertas por la nieve, pero eso al hombre de fuego no tenía porqué importarle.

—Mi señor —grité.

Él no dijo nada. Imperturbable como el amanecer, se mantuvo impasible a mi llamada. Durante unos minutos, me quedé a su lado para hacerle compañía. No quería dejarle solo.

—Alec, entra —ordenó—. Aquí fuera hace mucho frío para ti.

Su voz ronca, cálida y firme a la par, me dejó helado. Casi había podido sentir el pesar con el que había hablado. Perplejo, comprendí porqué cuando me miró a los ojos. Supe entonces porqué no podía perturbarle la tormenta. Supe entonces porqué no tendría frío: en su mirada ardían cien demonios corrompidos por la locura.

Si Gálora se sumió en una profunda tristeza cuando creyó muerto a Barlan, este había sucumbido a la demencia. Solo con verle, uno podía saber que haría lo que hiciera falta por encontrarla. Si había que destruir un reino, lo haría. Si había que luchar contra un ejército, lo haría. Si había que enfrentarse contra un señor morai, lo hacía.

—La encontraremos, mi señor. Estoy seguro de ello —intenté animarle.

—No me cabe la menor duda —asintió, aunque pude ver en su rostro que una pregunta se quedaba en su pensamiento sin que saliera de sus labios pronunciarla. No necesité que dijese nada para intuirlo.

«Le preocupa qué le harán los yauna a Gálora», pensé.

Me giré dispuesto a refugiarme en el camarote cuando, para mi sorpresa, mi señor me hizo una pregunta. La pregunta que no había dicho y que yo creí adivinar, aunque al escucharla, me di cuenta de que me había equivocado.

—¿Cómo puedo hacer para no odiar el mundo en que vivo, Alec?

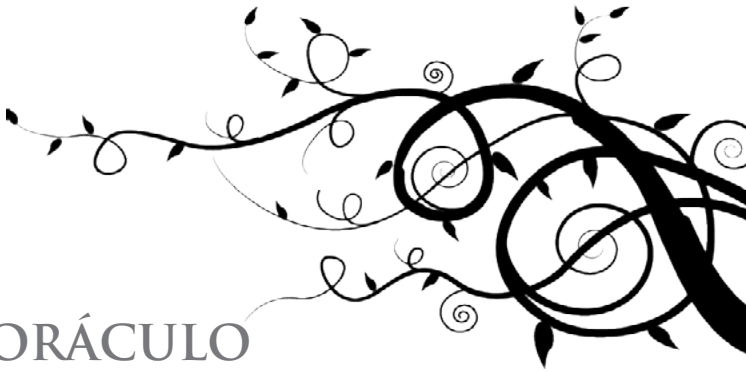
—¿Mi señor?

Barlan se giró encendiendo sus ojos verdes con intensidad.

—Si ella muere, mi venganza no tendrá límites —dijo con seguridad. Supe exactamente a qué se refería. Mi antiguo rey destruiría

todo cuanto le rodease. Sin excepciones. Ya no le importaría nada. Cegado por la locura que le corroía, dejaría escapar el fuego envenenado que le estaba matando.

Tal y como me ocurrió un año antes, vi en sus ojos aquella expresión que tanto me incomodaba. Aquel aliento que me helaba la nuca y me susurraba una palabra cuando le miraba a los ojos. Él era algo más que el señor del fuego: era la muerte.



EL NIÑO ORÁCULO

189 anillos antes.

Gurzo sacudió la alfombra. Se esforzó por quitarle el barro acumulado, pero solo no podía hacerlo bien. Apenas tenía trece años. Con su edad, pocas cosas podía hacer, aunque eso no le evitaría buscarse la vida. Era una cuestión de supervivencia: comer o morir. Así lo veía él. Y, afortunadamente, los dioses le habían bendecido con el don de la premonición. Sacaría todo el fruto que pudiera de ello. Si para eso tenía que hacer gestos estrambóticos o parafernalias con inciensos y velas a su alrededor, pues así lo haría.

—Yilyan, deja de comerte los mocos y prepárate. Intuyo que hoy tendremos clientes.

Había conseguido que, poco a poco, se corriera la voz sobre su don. Ser un niño huérfano en una ciudad como Ningún Sitio, no era fácil. Eran muchos los que estaban sin hogar. Él se conformaba con tener algo que llevarse a la boca. Todo lo demás importaba bien poco. Si querían llamarle oráculo, era cosa del vulgo. Si eso le traía más clientes, mejor para él.

Aunque a veces podía meterse en problemas. Había quienes no aceptaban fácilmente las malas noticias. Otros, simplemente no querían

verlas. Si algunos se molestaban con su respuesta, entraría dentro de la normalidad.

En opinión de Gurzo, la gente nacía enfadada. Siempre estaban tristes. Siempre estaban hundidos. O quizás era que a él solo acudían los desamparados. Eso, también era muy probable. Pero lo cierto es que no conocía otro tipo de personas.

—Yilyan, enciende las velas. ¡Rápido! ¿O voy a tener que ir detrás de ti todo el día para que muevas el culo? —exclamó el joven haciéndose el duro. Su hermana tenía cierto retraso, algo que se percibía a simple vista. Su frente era más grande de lo normal y sus ojos saltones estaban ligeramente más separados. Sabía que no llegaría a la edad adulta. Podía ver cómo la arena de su vida se agotaba sin mucho recipiente que cubrir. Pero mientras tanto, cuidaría de ella. Al fin y al cabo, era lo único que tenía. Quitando a su pequeña hermanita de ocho años, el mundo se lo había quitado todo.

Durante un tiempo, vivieron robando entre los tenduchos para comer. No obstante, Gurzo se daba cuenta de que nunca era suficiente y de que cada vez era más arriesgado robar. Un día, descubrió que era capaz de ver cosas sobre la vida de la gente. Cosas que ellos no sabían, pero que él podía ver con la claridad del día. Decidió que aprovecharía la oportunidad que le daba la vida. En Ningún Sitio el lema era: «tima tú, antes de que te timen a ti». Bien, él acataría el lema al pie de la letra.

Justo cuando dejaba la alfombra en el suelo, alguien llamó a la puerta. Nervioso, miró a su hermana encendiendo la última vela. La estancia quedaba sumida en una leve penumbra, donde las sombras dibujaban figuras abstractas en los rincones. Se sentó en el suelo sobre la alfombra, frente a un cuenco con incienso en polvo. A su alrededor y sobre su cabeza, colgaba un visillo gris perla para envolverle en un halo de misterio. Era parte del rol que le tocaba jugar. Si no lo hacía así, había constatado que la gente no le creía cuando vaticinaba algún presagio.

El visitante volvió a llamar, esta vez, con impaciencia. Gurzo le hizo un gesto a su hermana para que corriera a abrir la puerta. La niña la abrió a la par que agitaba unos cascabeles que llevaba en la muñeca.

—Bienvenido seáis —dijo tal y como le había indicado que debía hacerlo. El crío sonrió para sus adentros. Se sentía orgulloso de que al menos su hermana supiera hablar.

El desconocido les miró a los dos con el ceño fruncido. Como si le costase creer lo que veía. Una habitación pobre, con apenas mobiliario. Estaba claro que, aunque vivían allí, debían dormir en el suelo. Las velas le llamaron la atención, hasta que desvió su mirada hacia el velo grisáceo donde Gurzo esperaba a que se acercase. «Primero el dinero», pensaba el niño. Y después, todo lo que quisiera.

—¿El oráculo? —Quiso asegurarse el hombre.

—Eso dicen —contestó Gurzo sin querer darle la razón. No iba a arriesgarse a meterse en problemas porque dijeran que él se estaba haciendo pasar por un oráculo. Prefería dejar que fuesen los demás quienes lo hicieran.

En cualquier caso, era lógico que al encontrarse a un niño, de pelo castaño y de enclenque estructura, fuese reacio a creer en sus capacidades. La gente siempre esperaba a un hombre mayor, un viejo. Él, algún día lo sería, solo que la gente se olvidaba que los ancianos también fueron niños en algún momento de sus vidas.

—¿En qué puedo ayudarte? —Se ofreció señalando el cojín que había frente a él.

Por su apariencia, Gurzo estaba casi seguro de que era un nepteriano. Tenía el pelo recogido en un matojo de rastras, entre las que sobresalían dos llamativamente: una verde y otra azul. Era muy guapo, de buen ver. Eso era algo extraño. Por lo general, la gente que iba a hacerle preguntas estaban tan muertos de hambre como él.

El nepteriano entró finalmente en la habitación, todavía inseguro de seguir allí. El niño percibió algo en él que le inquietaba. El desconocido no quería mirarle a los ojos y eso no le gustaba nada. Le ocultaba algo.

Sacudiendo el cojín antes de sentarse, el visitante dio claras muestras de incomodidad.

—Me han dicho… que puedes ver el futuro —comentó rascando el barro que Gurzo no había conseguido quitar de la alfombra.

—Lo que puedo, es contestar preguntas cuyas respuestas son difíciles de encontrar.

—Bien, quizás entonces nos entendamos —sonrió con encanto el hombre. Gurzo encogió la mirada y tuvo una visión. Vio al desconocido sobre una mujer, haciéndole el amor. De pronto, se sorprendió al contemplar en su visión que una segunda mujer, aparecía por su espalda y se unía al acto sexual. El chico agitó la cabeza, un tanto ruborizado. Era demasiado pequeño para entender las morbosidades del sexo. No obstante, aquel hombre parecía conocerlas bien.

—Nos entenderemos, si antes pagas un tributo de confianza —dijo el niño extendiendo la mano abierta. Yilyan se acercó por detrás con una sonrisa y una cesta en la mano. Esperaba la contribución.

—Te lo has montado bien —comentó el nepteriano echando un par de monedas sobre la cesta. «Tú sí que te lo has montado bien», pensó Gurzo recordando su visión.

—Necesito estar inspirado. Y no hay nada que me inspire más que el dinero —asintió el niño. Indicó a su hermana que se marchase. Ella ya sabía dónde tenía que esconder las monedas antes de que el nepteriano pudiera arrepentirse—. ¿Qué quieres saber?

El desconocido se puso serio y por primera vez, le miró a los ojos. Inmediatamente se dio cuenta de porqué había eludido hacerlo hasta el momento. Podía ver en ellos cómo la magia fluía con facilidad. ¡Era un hechicero!

Gurzo se encogió un poco sobre sí mismo. Nunca le gustaba predecir a hechiceros. Si se molestaban con sus respuestas, daban más que empujones. Podían encantarle o embrujarle. Prefería que le dieran una paliza. Al fin y al cabo, estaba acostumbrado. Un par de golpes aquí y allá que con el tiempo pudieran curarse solos. Pero la magia… No le gustaba.

Se planteó la posibilidad de devolverle las monedas y decirle que se marchara, pero necesitaba comer. También tenía que alimentar a Yilyan. La pequeña se había sentado en un rincón, jugando con un trapo al que él había unido una pelota. La hizo creer que era una muñeca.

No podía comprarle una de verdad, aunque su hermana había estado encantada y ahora no había quien le separase de aquel trapo raído.

Con un suspiro, el niño cedió ante lo evidente: estaba vendido.

—Hechicero, pregunta lo que quieras —solicitó Gurzo. El nepteriano sonrió al saber que el chico le había descubierto. No todos podían percibir lo que él era realmente. Estaba esforzándose por emanar la menor cantidad de magia posible para averiguar cuan perceptivo podía ser aquel niño. No obstante, si había sido capaz de ver su magia, sería porque no era tan estafador como él había creído en un primer momento.

Viendo que ya no era necesario ocultar la verdad, permitió que su aura se expandiera por la habitación. Gurzo retrocedió precavido. Aquel hechicero era poderoso. ¿Para qué necesitaba un hombre así preguntarle a un niño sobre su futuro?

—¿Qué quieres? —preguntó el chico, molesto. Se sentía claramente amenazado. El nepteriano disminuyó su aura para relajarle. Aunque se complació de que supiera que si le tomaba el pelo, corría peligro.

—Quiero saber si cumpliré mi venganza matando al culpable de la muerte de mi hermana —dijo el desconocido apretando la mandíbula con fuerza.

—¿Ese culpable tiene nombre?

—Sedroul, rey de Zelarú —contestó serio. Gurzo pudo percibir un toque de odio en su voz. Encendió el incienso y aspiró el humo que dibujaba círculos en el aire entre los dos. En realidad, eso no le servía de nada, pero nuevamente, la gente lo veía necesario. Quizá con aquel hechicero no hiciera falta tanto teatro barato, pero no quería que luego dijera que no se había ganado sus monedas.

La respuesta llegó a sus labios por sí sola. Aunque sabía que no iba a resultar agradable, prefería decir la verdad a mentir.

—Pronostico una vida larga para ese hombre.

—¿Qué? —exclamó con incredulidad el desconocido—. No puede ser. Levirat y yo vamos a matarle —sentenció rabioso.

—No —negó Gurzo—. No será así.

—Pero ¿por qué? ¿Qué obstáculo nos impide cumplir con nuestra venganza? —inquirió frustrado. El niño pudo ver que haría lo que fuera por matar al rey de Zelarú. La verdad sea dicha, era la primera vez que atendía a un cliente tan importante. Un hechicero que pretendía matar personalmente al rey del desierto, no era cualquier persona. Podría meterse en un buen lío si sabían que él le había dado pistas sobre cómo asesinarlo.

Sin embargo, viera como lo viese, Sedroul no moriría hasta entrados muchos años. Cogió el cuenco de incienso y lo movió frente a él haciendo círculos con el humo.

—Veo… una mujer. Una joven hermosa y frágil, pero fuerte y triste por dentro —dijo entrando en trance. Sabía que cuando llegaba a aquel punto, ya no sería consciente de lo que pudiera decir. Tampoco podría controlarse.

—La princesa —musitó el hechicero deduciendo con rapidez. No podía ser otra mujer—. ¿Ella nos hará algo?

Gurzo se concentró profundamente. Las imágenes comenzaron a llegar por sí solas a su mente como si le ofrecieran la posibilidad de ver la vida de alguien de manera apresurada. Era algo a lo que debería estar acostumbrado. Sin embargo, siempre que entraba en trance se sentía incómodo, ya que de alguna forma sabía que estaba siendo utilizado por las fuerzas naturales para trasmitir los destinos ocultos. Luego, solía quedarse débil y tembloroso, lo que le hacía pensar que adentrarse en el destino de las personas no fuese del todo bueno.

En aquella ocasión, fue peor de lo que esperaba. Peor de lo acostumbrado. Primero, sintió desde la cabeza a los pies cómo una energía poderosa tomaba control de su cuerpo y de su mente. Más allá de la posesión, el mayor impacto fue vivir las emociones que algún día vivirían las personas que veía pasar por su cabeza, tan rápidamente, que apenas podía reparar en ellas.

—Veo… lágrimas negras —susurró ausente—. Los cielos gritan furiosos sobre vosotros. Una nube oscura se cierne sobre el reino de

Néptera. La niebla. Y después…

Gurzo vio una bruma de oscuridad tan espesa que fue como si la noche cayera sobre él con un manto sólido. Angustiado, quiso huir de aquel lugar que parecía intentar tragárselo cuando apareció en una hondonada desierta, en la que tan solo había un árbol negro en el centro. Desde las copas, unas enredaderas crecían entre las ramas y se movían de un lado a otro creciendo zigzagueantes hasta donde él se encontraba.

El chico se vio a sí mismo gritando de terror incapaz de moverse. Las enredaderas le atraparon y le envolvieron por completo.

—El árbol negro despertará —murmuró con lágrimas en los ojos. La tristeza que sintió era tan grande que no podía decir que le doliera el corazón. Le dolía el alma. Algo más allá de lo descriptible—. Traerá consigo las pesadillas del pasado y corromperá el corazón roto —dijo perdiendo fuerzas. No podía soportar aquel dolor. Sintió que sus energías se perdían en la inmensidad de aquella visión cuando de pronto, una fuerza aterradora le empujó hacia delante. Como si él fuese un muñeco manejado por otro. Vio un rostro. Escuchó un nombre y un escalofrío le recorrió el cuerpo entero—. ¡SAHAREM! —gritó Gurzo aterrado.

Su cuerpo comenzó a temblar espasmódicamente. Los ojos se le quedaron en blanco y sin explicación aparente, empezó a babear.

El hechiero se levantó de inmediato de su cojín y se abalanzó sobre el chico.

—¡*Ledecka atrei nart*! —exclamó el nepteriano el conjuro, a la par que colocaba el dedo índice y corazón sobre los labios del niño. El chico dejó de temblar tumbado en el suelo. Yilyan se levantó de su rincón y corrió junto a ellos gimoteando. El hechicero le tomó el pulso al joven, le tocó la frente y le zarandeó—. ¡Chico, despierta! —gritó, asustado de que pudiese haber muerto.

El niño parpadeó, mirando a su alrededor sin comprender dónde se encontraba. Su hermana le abrazó feliz de que despertase.

—¿Estás bien? —inquirió el nepteriano.

Asustado, Gurzo se alejó del hechicero. Una fuerza oscura se

cernía sobre el futuro de aquel hombre. Sobre el Continente entero.

—Vais a morir —susurró con voz trémula.

—No he entendido nada de lo que has dicho —contestó el nepteriano arrugando el ceño. Estaba molesto por lo ocurrido. Se había preocupado de veras pero, en parte, no podía evitar sospechar que se trataba de puro teatro por parte de los niños. Ninguna de las pitonisas a las que alguna vez había visitado, habían llegado a adentrarse tanto en un trance como para perder el control de aquella manera.

—¡Vais a morir todos! —gritó Gurzo temblando de miedo—. ¡La oscuridad despertará y buscará venganza por haberla mantenido presa durante tanto tiempo! El árbol negro, espera a ser liberado.

—Pero ¿de qué hablas? Oye, chico, me estás tomando el pelo —dijo el desconocido sin creerse una palabra. Gurzo lo cogió del brazo, mirándole fijamente.

—Te digo lo que veo y lo que veo, ya ha pasado. Es inevitable —concretó—. Solo puede ayudaros la vieja sin edad cuyo nombre ha sido olvidado. Ella unirá el triángulo.

—¿Qué triángulo? ¿Qué vieja? ¡Estás delirando! —Se enfadó el hechicero poniéndose en pie, dispuesto a marcharse. Quería creer al niño pero todo cuanto le contaba le resultaba demasiado inverosímil. Sin ir más lejos, el teatrillo que había representado. Ninguna fuerza del otro plano podía poseer de aquella manera a ningún oráculo. Aquellos que tenían el don de la premonición eran meros canales de comunicación, jamás sus vidas corrían peligro al adentrarse en lo desconocido.

—¡No! ¡Escucha! Quizás haya una esperanza. Aún hay tiempo. Busca a la vieja. La oscuridad se hará demasiado fuerte para vosotros. No podréis controlarla. El odio la invadirá. Busca a la vieja —insistió.

—¡Cállate ya, mocoso! —gruñó el hechicero dirigiéndose a la puerta—. Me has hecho desperdiciar el dinero. ¿Por qué seré tan idiota? ¡Maldita sea! —Dijo antes de salir dando un portazo.

Gurzo se quedó de pie en mitad de la habitación, temblando todavía de miedo. Yilyan se acercó a él y le ofreció el trapo que tenía por muñeca para consolarle.

—Una terrible oscuridad se acerca. —Fue lo único que pudo decir para excusar su comportamiento.

Intentó relajarse pensando que algún día, él sería un anciano más en Ningún Sitio y que entonces, aquella visión tan solo sería un recuerdo sin importancia. Pero todavía veía con demasiada claridad las enredaderas que crecían en el árbol negro. Aquellas plantas malditas que se movían a voluntad… Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Llegará el día en que me canse de todo esto y me rinda —murmuró acariciando el pelo enmarañado de su hermana. Por un instante vio su futuro, convertido en anciano, mirando de frente los ojos de la muerte.

POR UNA MUJER

Levirat volvió a blasfemar contra los dioses. Se ajustó el turbante mágodes. El viento le abofeteó en la cara. Sintió cómo la arena le arañaba la piel. Odiaba aquella sensación. Odiaba el viento. Odiaba la arena. Odiaba el desierto. Todo le recordaba a ella…

El aire era la brisa fresca que representaba su poder. La arena era roja como su pelo y el desierto era su hogar. ¡Maldita sea! ¿Por qué no podía olvidar a la princesa de Zelarú? No lo entendía. Simplemente, no tenía sentido para él.

Caminó por las calles de Jalur, un pequeño pueblo mágodes en mitad de la nada, pero el más cercano a Zelar, la capital del desierto. El suelo arenoso, de un tono rojizo como cada hogar, se sentía caliente bajo la planta del pie. Las casas estaban muy pegadas las unas a las otras dejando apenas el espacio suficiente para caminar a una persona. Era un tanto angustioso, ya que la altura de las viviendas superaba el doble de la altura de un hombre como Levirat. Sin embargo, las habían construido así intencionadamente para evitar las corrientes de aire. El viento a veces soplaba con mucha fuerza en el desierto al no haber nada que lo frenase. Aunque aquella circunstancia no importaba demasiado, ya que habían construido una pequeña red de túneles bajo tierra donde realmente vivían los mágodes. Todo el pueblo estaba conectado a través de los sótanos

de sus casas. Podían asegurarse así cualquier escape en caso de que la arena sepultase alguna otra salida y si llegaba a haber una tormenta lo suficientemente fuerte como para cubrir el pueblo entero, tenían técnicas con las que, a través de trampillas, liberarían ciertas salidas de seguridad.

Levirat debía admitir que los mágodes eran ingeniosos. Cada hogar parecía construido con una intención. Al estar labrados en la profundidad de la tierra, tenían más facilidad para encontrar algún pozo de agua subterráneo. Jalur tenía uno que, aunque no era muy grande, abastecía al pueblo. Los mágodes se alimentaban fundamentalmente de insectos y cereales. Otro de los motivos por los que el nepteriano había comido poco.

El guerrero había anticipado dos semanas su llegada a aquel pueblo del desierto. Nada había salido según lo previsto en un primer momento.

Cuando salió de la fortaleza de Carrión casi un mes atrás, el plan encomendado por el rey de Néptera era matar a la princesa de Zelarú, pues los mágodes pretendían una alianza con los yauna y ella era un elemento imprescindible para dicha alianza. El rey Sedroul iba a casar a su hija con el príncipe Yerec, a cambio de que estos, apoyasen a Sedroul en la guerra que tenía declarada a los nepterianos. Los dos bandos ganaban en el enlace, pues los yauna tendrían una reina maga y los mágodes la victoria sobre los nepterianos.

Él siguió el rastro de la patrulla en la que iba Esmeralda sin saber si quiera que ella era la princesa de Zelarú. Creyó, engañado, que solo era una sacerdotisa del desierto. Su inocencia, su pureza… Era imposible para Levirat relacionarla con Sedroul, a quien odiaba mortalmente y al que había jurado matar para vengar la muerte de su esposa. Su hija era tan diferente…

Ella huyó y cuando volvió a encontrarla un mes después, era la sombra de la mujer que recordaba. Irania la había cambiado por completo. En realidad, sabía que era Yerec quien la había cambiado haciéndole cosas que solo un monstruo haría.

Levirat, acompañado por los Portadores de la Luz, explicó sus

planes ante Esmeralda. Evitaría el casamiento con el príncipe yauna matando antes a su padre, para que así, ella se convirtiera en la reina de Zelarú y no se viese obligada a tal compromiso. Sin embargo, Esmeralda no había estado de acuerdo al declarar que si mataba a su padre, surgiría un encantamiento que vinculaba a los magos y que la obligaría a matarle. La princesa había determinado, por tanto, ser ella misma la que se enfrentase a su padre en duelo para evitar tal destino. Él no quería de ninguna manera que así fuera, pues consideraba que era su derecho vengar a su mujer. Sin embargo, no le quedaba más remedio que esperar.

Esmeralda había acortado el viaje en barco gracias a su poder de manipular el viento y él, no podía adelantar sus planes, pues tenía que esperar a Axilian para ir juntos hasta Zelar y matar al rey. Todo estaba planeado. Todo estaba previsto. Solo era cuestión de tiempo llevarlo a cabo, siempre y cuando Esmeralda no se le adelantase.

Un grupo de mágodes rebeldes pertenecientes a los Portadores de la Luz, le acogían en su casa ayudándole a pasar desapercibido en Jalur. Levirat echaba de menos el bosque de Lebroux. La humedad del aire sobre su piel. Allí solo sentía que se cocía.

El guerrero se dejó caer en una sombra tras una chabola a la linde del desierto. Debía admitir que el paisaje resultaba impresionante. El cielo era azul y recortado contra el desierto rojo. Parecía incluso más intenso que en cualquier otra parte del Continente. Por la posición del sol, calculaba que debía ser la hora de comer, aunque no tenía hambre.

Él quería cumplir con su venganza. Era lo único que le impulsaba a seguir viviendo. Esmeralda quería quitarle ese derecho, ese privilegio, ese placer. No. Por supuesto que no iba a permitírselo. Le daba igual que ella le matase llevada por el encantamiento de sangre existente entre las familias de magos. Simplemente, una vez cumplida su venganza, todo le daría igual. Podría morir en paz sabiendo que el culpable de la muerte de su amada Celeste había visto el final de sus días.

Suspiró agotado de tanto pensar. El viento volvió a abofetearle. Se ajustó las prendas mágodes una vez más. Con el pelo cubierto por el turbante, lo único que se veía era dos ojos verdes. A lo lejos, vio un grupo

de aquellos grandes lagartos del desierto llamados jirros, montados por jinetes mágodes.

Aquellos animales tenían el cuello cubierto de escamas abiertas desde las que era fácil agarrarse, como si fuese un collar. La mayoría eran de un rojo granate, con ojos verdes y negros, aunque algunos tenían las escamas de color dorado. Lo más fascinante de las criaturas era el movimiento que realizaban sobre la arena. Levantaban las patas tan rápidamente que apenas si rozaban los granos. Eran criaturas muy útiles, pero no servían para viajes a larga distancia.

Era duro vivir en el desierto, pensó Levirat. Todo era incómodo. Todo era tenso. Desde que llegó a Jalur, la cabeza le dolía con frecuencia por el calor. Sentía que la sesera se le freía a tan altas temperaturas. Normal que los habitantes del desierto tuviesen siempre la sangre más caliente que los nepterianos. Se dio cuenta de ello cuando acarició a Esmeralda al conocerla. El calor de su piel… Su suavidad…

«Estoy loco», se dijo Levirat. Tenía que estarlo para pensar en una mujer vetada para él como lo era la princesa. Era un amor imposible. Esmeralda jamás sería para un hombre como él. ¿Por qué pensaba en ella entonces?

El grupo montado en los jirros se acercaba muy deprisa. Entre ellos, distinguió a su amigo y cuñado Axilian. El hechicero le saludó a lo lejos con un gesto. Levirat le imitó para que supiera que lo había visto. Su amigo no parecía animado tampoco. Eso era extraño en él. Siempre estaba de buen humor. Quizá fuera porque andaba liado con alguna mujer a cada instante. ¿Quién sabía? A Levirat nunca dejaban de sorprenderle las turbulentas historias sexuales del hechicero.

Axilian dirigió su lagarto hacia él, alejándose del grupo.

—Has tardado —gruñó el nepteriano.

—Acordamos que hoy vendría. No he tardado ni más, ni menos —contestó el hechicero bajándose de la criatura de un salto. Después, le sacudió en el hocico para que se marchase con los demás.

Levirat se levantó y se estiró agarrotado. Estaba demasiado tenso. Si al menos, no hubiera tenido que llegar antes hasta aquel maldito

pueblo perdido de la mano de los dioses…

—¿Alguna novedad? —preguntó el guerrero sin demasiado interés. Echaron a andar entre las calles hablando en voz baja cada vez que se cruzaban con un mágodes.

—No sé qué decirte, amigo —comentó Axilian sacudiéndose el polvo de la ropa—. Fui a Ningún Sitio porque me habían comentado que un niño tenía el don del oráculo y…

—Tú y tus supersticiones —protestó Levirat interrumpiéndole—. ¿Cuándo aprenderás que esa gente solo pretende sacarse unas monedas?

—Escucha, me dijo cosas que me inquietaron —dijo el hechicero mostrándose muy serio—. Acudí a él porque había soñado con algo extraño y no solo yo: mi hermana también.

—¿Maira ha soñado algo? ¿El qué? —preguntó Levirat intrigado. La hermana de Axilian solía tener sueños premonitorios. El problema era que algunas veces los inventaba solo para llamar su atención. Era su cuñada y la apreciaba, pero aquella niña a veces le sacaba de quicio.

—Oscuridad. Soñó con la oscuridad —repitió el hechicero—. Y el niño del oráculo, justo cuando iba a marcharme, me dijo también algo de que la oscuridad iba a estar fuera de control. Según me contó, tenemos que buscar a una vieja para que nos ayude o todos moriremos.

—Pero ¿este es un cuento de viejas o de niños? —se burló el guerrero. Estaba claro que Axilian le estaba tomando el pelo.

—¿Por qué no me crees? —inquirió molesto—. Dijo que la vieja sin edad uniría el triángulo.

—¿Qué triángulo? ¿Qué vieja? —insistió Levirat.

—Eso le pregunté yo. Me contestó que era la vieja cuyo nombre ha sido olvidado.

—Ah, muy bien. Entonces, solo tenemos que ir por ahí a buscar a una vieja que nadie sabe cómo se llama para… ¿Para qué exactamente? —inquirió Levirat arrugando el gesto a la par que se cruzaba de brazos.

—Para que la oscuridad no reine sobre Néptera.

—Y entonces, ¿qué? ¿Llegará el fin del mundo? —exclamó el nepteriano sin mucho convencimiento.

—No lo sé, pero despertará el árbol negro —aclaró Axilian.

—¿Qué? ¿Qué significa eso? —preguntó de nuevo Levirat hastiado de tanta palabrería—. Mira, creo que ese crío de Ningún Sitio te ha hecho tragar una bola tan grande que no sé cómo no te atragantas. ¿Cuántas veces tendré que decirte que en esa ciudad de proscritos y desterrados no se cuece nada bueno?

Su cuñado era bastante supersticioso. Algo que no se le podía tener en cuenta, ya que parecía caracterizar a todos los hechiceros. Sin embargo, Axilian además frecuentaba las pitonisas y videntes a la espera de que su destino se le revelase. Levirat no sabía si para estar preparado ante lo que pudiera ocurrirle o simplemente por entretenimiento.

—Pero ese niño tiene el don, Levirat. Es cierto que se ponía a hacer el tonto con el incienso para un lado y para otro. Con velitas y todas esas tonterías, pero el niño tiene el don y lo que sintió fue muy real —aseguró—. Al principio yo tampoco le creí. Me marché y le dejé con la palabra en la boca. Incluso salí de Ningún Sitio dispuesto a coger el barco que me esperaba, pero sin dejar de darle vueltas en la cabeza. Nunca había visto un oráculo o pitonisa controlado por las fuerzas naturales hasta el punto de correr peligro su vida. Eso era lo que me hacía no creerle pero por un instante me pregunté, ¿y si esta fuerza oscura que viene es tan fuerte que sí puede hacerlo? ¿Y si esta vez nos enfrentamos contra algo tan terriblemente poderoso que incluso desde el otro plano, pueda quitar la vida? No podríamos ganar esa batalla nunca, Levirat. Por eso volví a ver al chico, pero se había ido. ¡Había huido inmediatamente! —explicó el hechicero.

El guerrero suspiró cruzándose de brazos. Quizá llevase razón y había motivos para preocuparse pero en aquel momento, lo único que le preocupaba era su venganza y el duelo que pretendía llevar a cabo la princesa contra el rey de los mágodes.

—De acuerdo —cedió Levirat con calma. Intentaba ver las cosas con lógica—. Es posible que una fuerza oscura venga pero, ¿entiendes lo complicado que resulta hacer nada cuando las únicas pistas que tenemos es encontrar a una vieja sin edad ni nombre que nos ayudará a unir no sé

qué triángulo para enfrentarnos contra un árbol negro? Esto se nos viene grande.

—De acuerdo, sé que puede resultar complicado —aceptó Axilian—. Yo mismo no entendí una palabra de lo que me dijo el oráculo de Ningún Sitio.

—Y dale con llamarle oráculo —criticó el guerrero con los ojos en blanco.

—Pero algo va a pasar —determinó el nepteriano alterado—. Me dijo que no podríamos cumplir con nuestra venganza. Pronosticaba que Sedroul viviría largos años —añadió resolutivo.

Levirat se detuvo en mitad de la calle. Cogió del brazo a su cuñado y lo arrastró bajo una de las haimas, donde no había nadie.

—Será por encima de mi cadáver —dijo el guerrero apretando la mandíbula con rabia—. No me quitará mi venganza.

—Ahí está el problema —sonrió Axilian satisfecho de que, por fin, su amigo le atendiera—. La princesa se interpondrá entre nosotros y nuestro destino.

—No. Ni hablar —negó el nepteriano—. No lo permitiré.

—No lo permitiremos —concretó el hechicero.

De pronto, Levirat cayó en la cuenta de que Axilian no conocía los hechos que acaecieron en el barco. La alianza que él había ayudado a establecerse entre el grupo rebelde mágodes y su princesa. El duelo entre padre e hija que la maga había prometido llevar a cabo…

Sin comprender las consecuencias de su declaración, procedió a explicarle brevemente lo ocurrido.

—Esmeralda ha hablado con los Portadores de la Luz. Va a enfrentarse contra Sedroul para evitar mi crimen.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Dice que los magos están protegidos de las traiciones por el encantamiento de su sangre. Al parecer, surge un odio irrefrenable contra aquel que mate a otro mago de su familia. Sin embargo, si ella se enfrenta no surge por ser la heredera legítima.

El hechicero no tardó en sacar una conclusión al testimonio de

su amigo.

—¿Me estás diciendo que va a enfrentarse contra su padre por ti? —dijo Axilian con otras palabras. Levirat se dio cuenta de que el hechicero comenzaba a crear una idea en su cabeza—. ¿Qué ha pasado entre vosotros? —preguntó directo al grano.

El guerrero se separó de su amigo.

—Nada —mintió. No podía decirle la verdad. No la entendería. Ni él mismo lo entendía aún.

—Eso cuéntaselo a otro —exclamó el hechicero insatisfecho.

—¡Nada! —repitió. Aunque supo que no podía engañarle. Axilian era como un hermano para él. Le conocía desde que eran niños. Solo con mirarle a los ojos sabía que le ocultaba algo. Levirat se rindió a contar la verdad—. Solo nos… besamos en el barco.

Axilian retrocedió un paso sintiéndose traicionado mortalmente. Jamás llegó a imaginar que su amigo, a quien quería como un hermano, pudiese faltarle a su lealtad de aquella manera. La fe que él tenía en Levirat siempre había sido incuestionable. De hecho, cuando supo que sería su cuñado y que se casaría con su hermana, se alegró de que por fin fuesen familia. Cuando Celeste murió, supo que contaría con él para cumplir con su venganza y ahora… le dejaba solo.

—¿Besaste… a la hija del que mató a mi hermana? —inquirió con esfuerzo. Se sintió asqueado al imaginárselos juntos. Para él, Levirat traía recuerdos de su hermana Celeste y suplantar a su hermana por otra mujer, aquella mujer en concreto, le resultaba detestable.

La mirada del hechicero se encendió con poder. La magia vibró a su alrededor pronosticando el peligro. A Levirat apenas si le dio tiempo a reaccionar. Solo pudo ver su propio cuerpo lanzado por los aires con un encantamiento del hechicero. A veces se le olvidaba que no en vano Axilian era reconocido como Maestro Hechicero.

Levirat, tumbado de costado en el suelo, le clavó la mirada a su cuñado.

—No tienes derecho a juzgarme. —Quiso defenderse—. Yo no he escogido amarla.

—¿¿Amarla?? —gritó Axilian encolerizado—. ¿Te has vuelto loco? ¡No la conoces de nada! ¡Es la hija de Sedroul! ¡Tendrías que odiarla por encima de todas las cosas! ¿Qué puñetas te ocurre?

—Los dioses han escogido por mí. Da igual que no la conozca. No puedo evitar sentirme atraído por ella —explicó el guerrero. Aquella era la única solución lógica que se le ocurría para darle sentido a su locura.

—Ya, pues yo no puedo evitar enfurecerme si me dices que te gusta o que la amas o lo que sea.

—Oye, bastante difícil me resulta ya tener estos sentimientos como para encima soportar que me juzgues —zanjó Levirat poniéndose en pie—. ¿Crees que a mí me gusta la idea? ¿Crees acaso que disfruto pensando que amo a la princesa, cuando comparte la misma sangre de quien mató a mi mujer? ¡NO! ¡No disfruto absolutamente nada! Me odio a mí mismo por quererla. Me odio por no quererla. Me odio por odiarme. ¿Qué quieres que haga? ¡Llevo aquí encerrado dos semanas y ya no lo soporto más! Prefiero que me mate a seguir torturándome con un amor prohibido.

—Bien —asintió el hechicero—, porque yo prefiero que mueras a que te juntes con la princesa —determinó Axilian arrugando el gesto—. Esa mujer es lo único que se interpone a nuestra venganza. Sedroul no vivirá lo suficiente para ver cómo su reino nos destruye. Su hija caerá con él si se interpone en mi camino.

Levirat no pudo controlarse. Pensar que el hechicero pudiera hacer daño a Esmeralda le torturó por dentro. Ya había perdido un amor y no iba a dejar que un segundo muriera también porque él no había hecho nada por protegerlo.

Irreflexivamente, le dio un puñetazo a Axilian en toda la cara que lo tumbó de un solo golpe. El labio le sangró mientras se acariciaba la mandíbula sorprendido. Levirat apenas si podía controlar su rabia.

—¡Jamás la tocarás! Con su padre haz lo que quieras, pero ella es intocable. ¿Lo has entendido bien? Ella no ha hecho nada. No es culpable de nada. No tiene porqué cargar por los errores de su padre.

El hechicero se quitó la sangre de la cara con la manga. Se levantó y mirando a los ojos a Levirat, supo que algo había cambiado entre los dos. No debía haberle pegado. Él tampoco tendría que haberle lanzado un encantamiento. Los dos estaban sometidos a demasiada tensión.

—Por su culpa, vamos a morir —recalcó Axilian antes de salir de la haima. El guerrero se quedó de pie mirando cómo su amigo se marchaba.

Las palabras del hechicero no eran una amenaza. Ni siquiera una sentencia. Solo vaticinaban un futuro escrito.

1

Esmeralda entró en su antigua habitación conteniendo un suspiro. Había regresado a Zelar, su hogar. Su gran cama a la izquierda con un techo cubierto por una tela tupida y confeccionado a mano. Bajo su lecho y bordeándolo, una enorme alfombra que ella misma había tejido con hilos de colores terrosos imitando estrellas y flores. A la derecha, en el rincón del fondo, su estantería de libros junto a una pequeña mesa y un desgastado sillón de color granate. En el rincón de la izquierda, junto a la puerta de entrada, un biombo tras el que tenía un gran jarrón con agua y aceites para lavarse. A su lado, junto a la puerta, había una lámpara de aceite y unas cuantas velas apagadas sobre la cómoda. La princesa se acercó hasta el mueble y pensó que resultaba tosco y vulgar en comparación con el mobiliario que había visto en Irania.

En el palacio de los yauna su alcoba tenía los muebles blancos, engarzados con molduras artesanales. Resultaban hermosos a la vista y al tacto. La balconada que tenía no podía compararse con su pequeña ventana, la cual ni siquiera tenía cortinas. Su dormitorio de Zelar se le antojó de una vulgaridad extrema. Sin embargo, prefería cien veces aquellos muebles sin valor que todo lo que pudiera ofrecerle el príncipe Yerec.

Todo estaba tal cual lo recordaba, pero no era la misma

habitación. Sí, las paredes seguían manteniendo aquel tono rojizo propio de la arena del desierto, pero no era igual. Quizás era ella la que había cambiado. Estar allí, no la hacía sentirse a salvo. En aquella habitación había soñado con mundos mágicos en los que el amor era correspondido y hermoso. Mundos donde los sueños se hacían realidad y nadie sufría daño alguno salvo el malvado del cuento. Ahora sabía que aquellos mundos nunca habían existido en ningún otro sitio, más allá de su mente. Tras aquellos muros había un mundo doloroso y cruel, donde ni el amor era correspondido, ni los malos eran quienes sufrían.

Existían criaturas como los yauna, que se alimentaban de la gente por puro placer. Esmeralda se acarició con miedo su oreja. Ya no necesitaba vendaje, aunque casi hubiera preferido dejárselo para no sentir al tacto que faltaba un pedazo de carne que el propio Yerec le había devorado.

Cabizbaja, pensó que tocarse la oreja era como hacerle recordar la ausencia de algo. Algo que debería haber estado ahí y ya no estaba. Una parte de su ser se quedó perdida en la tristeza que la marcó en Irania. Había tenido que decirle adiós a la inocencia que la caracterizaba, para abrazar con los brazos extendidos el dolor y sufrimiento de la vida. Una parte de Esmeralda había muerto y en su opinión, era la única parte de sí misma que valía la pena, porque lo que había quedado ahora no era más que una versión frágil y lastimera de la mujer que pudo haber sido.

Esmeralda podría haber sido feliz. Podría haber sido una buena madre y esposa, pero ahora… solo conocía la desdicha. Su padre la había vendido a un monstruo, con el que quería obligarla a casarse y el hombre por el que se sentía atraída, quería matar a su padre. Si eso llegaba a suceder, Esmeralda no tendría más remedio que vengar la muerte de Sedroul, guiada por el odio que surgía del vínculo mágico existente entre los magos. Entonces, ¿qué sería de ella?

Una vez más, el miedo la atenazó. Recordó la soledad que sintió cuando Yerec la atrapó en su alcoba en Irania. Jamás podría olvidarla. Era una noche fría, como el suelo en el que la tumbó. Una noche oscura, como el alma de aquella criatura.

Esmeralda cerró su mente a aquel pensamiento.

—Aquella noche solo fue un mal sueño… —susurró en voz baja rompiendo el silencio de la alcoba. Se asustó al escuchar el sonido de su propia voz. Era frágil e inseguro.

Sintiéndose de pronto terriblemente débil, se sentó en el sillón cubriendo el rostro entre las manos. Recordó en un instante la impotencia que sintió entonces. El sufrimiento que vivió, no solo físico, sino dentro de su corazón. Realmente, no tenía palabras para expresar lo que sintió en aquel momento. Solo podía temblar. Todo su cuerpo y su espíritu temblaban al recordarlo. Se encogió sobre sí misma deseando esconderse del mundo y desaparecer.

Pero igual que ahora sabía que no existían mundos mágicos donde los sueños se hicieran realidad, sabía que en aquel mundo en el que le había tocado vivir, podían materializarse sus peores pesadillas. No conseguía olvidar el aliento de Yerec sobre ella. Olía a… sangre. Un hedor que le provocaba náuseas. El contacto de su piel… en apariencia suave, pero que ella recordaba escamoso.

Esmeralda sintió que debía haber sido más fuerte. Debió hacer algo por enfrentarse a él y no tan solo suplicar. Ahora, ¿qué podía hacer?

Se levantó del sillón y abrió uno de los cajones de la cómoda que había junto a la puerta. Sacó del cajón la ropa que iba a ponerse y la colgó sobre el biombo. Se quitó el vestido de gueva que había llevado durante el viaje y se miró en un espejo de cuerpo entero que había recostado sobre la pared. Desnuda, podía ver cuan delicado era su cuerpo, marcado por unos moratones que el mismo Yerec le había hecho. Su piel, ahora algo rosada, pero aún así pálida. Más delgada de lo que se había marchado. Demasiado para tener un aspecto saludable y sus ojos… ¿Qué le habían pasado a sus hermosos ojos azules? Ahora eran como una puerta a un agujero lleno de tristeza y melancolía. ¿Dónde estaba la joven que había soñado con caballeros encantadores y lugares fantásticos donde vivir una preciosa aventura de amor?

Esmeralda rompió en pedazos el espejo solo con su deseo, y a la par que lo hacía, sentía que se desgarraba algo en su interior. Fue

en ese momento, cuando su mente decidió que no caería más bajo. Se acabó lamentarse. Se acabó sufrir y ser débil. Aquello no tenía sentido, no podía continuar viviendo en un sin vivir por las circunstancias que había sufrido. Ella era una maga. Era una mujer, que por muy débil que intentasen hacerla creer que era, había superado golpes más duros de los que otros hombres vivirían nunca.

Con magia, recompuso el espejo, a la par que observaba su reflejo. Se prometió a sí misma que aquella sería la última vez que se vería así. La última vez que aceptaría la debilidad como camino a seguir. «Ningún hombre volverá a hacerme daño», juró para sí. «Soy dueña de mi vida».

Era verdad que había sido débil, pues no se defendió cuando había tenido que hacerlo. Era verdad que en apariencia, todos parecían tener poder sobre ella. Pero ella sabía la verdad, y es que como maga del viento, nada podía retenerla. Esmeralda era una fuerza de la naturaleza. Lo era. Fuera ella consciente o no de ello. Quizá por primera vez en toda su vida, comenzaba a ser consciente de esa verdad.

Había acordado con los Portadores de la Luz enfrentarse ella misma a Sedroul. No lo había hecho tanto por Levirat, como por su pueblo. Esmeralda comprendía que si su padre era capaz de someterla a una vida llena de tormentos sin el menor atisbo de arrepentimiento, no tendría ningún tipo de piedad con sus súbditos. Ella era sangre de su sangre y a él no le había importado todo lo que le había ocurrido. ¿Qué no le haría a los mágodes? Ellos estaban a su merced. Estaban desvalidos si ella no hacía nada por ayudarlos. Como la princesa de Zelarú que era, se sentía en la obligación de hacer algo por ellos. Si pudiese evitar que la gente sufriera, como ella había sufrido por culpa de su padre, haría lo imposible por conseguirlo. No estaba dispuesta a aceptar más dolor ni más muertes…

Aún recordaba la cocina de los yauna. Con los cuerpos sin vida de los hombres que la habían acompañado durante su viaje hasta Irania. ¿Qué habían hecho ellos para merecer tal fin? Nada. No habían hecho absolutamente nada. Sin embargo, eso no les había evitado ser víctimas de los terribles actos de su padre.

No. Aquello tenía que acabar. ¡Tenía que acabar ya! Ella le haría frente a Sedroul. Se enfrentaría a él en un duelo a muerte y si perdía, al menos daría su vida por un bien más grande que el de la lamentación. ¿Cómo había podido ser tan inconsciente para haber estado a punto de quitarse la vida? Si no hubiese sido por Levirat…

Al pensar en el nepteriano, recordó una conversación que habían tenido en el barco, después de decidir que ella se enfrentaría contra Sedroul.

Esmeralda observaba desde la cubierta del barco cómo los cabellos de Levirat eran agitados por el viento creando una imagen amenazante y poderosa a la vez. Parecía ser él, cuya mirada se perdía en el horizonte, quien controlaba el viento y no ella, pues en su mirada se intuía la libertad de aquel que se deja llevar por la fuerza de su corazón y que responde tan solo a sus más sinceros sentimientos.

La joven se acercó al guerrero, intimidada ante aquella imagen y cautelosa de no perturbar aquello que tan abstraído le tenía.

Cuando estuvo a su lado, él desvió la mirada un segundo hacia ella y volvió a mirar el mar. No parecía molesto ante su presencia. No obstante, Esmeralda fue capaz de captar que los músculos del joven se agarrotaban ligeramente. Cubriéndose a sí mismo con un caparazón, no podía perturbarle nada ni nadie.

Ella se mantuvo a su lado un buen rato, en silencio y paciente, esperando que llegase el momento oportuno para hablar. Se sentía confundida y perdida en una inmensidad igual de grande que el mar, sin fuerzas ni ganas para encontrar una solución a todos sus problemas.

—¿Os gusta el mar? —preguntó Levirat, de pronto. Esmeralda no pudo evitar que su corazón latiera con fuerza ante la muestra del nepteriano por iniciar una conversación con ella.

—Este es mi primer viaje en barco —respondió ella girando ligeramente la cabeza para mirarle—. Jamás antes había visto el mar. Tanta agua a mi alrededor me resulta…

—¿Sobrecogedora? —le ayudó él a terminar la frase.

—Sí, así es… pero también me resulta en cierto modo frustrante.

—¿Frustrante? —repitió el guerrero sin comprender.

—Me invade cierta tristeza al contemplar tanta agua habiendo en mi hogar tan poca. Es injusto.

—Entiendo —contestó él volviendo a mirarla—. Pero a cada uno le ha tocado una carga con la que vivir.

—Sí, eso es cierto. Sin embargo, vos habéis elegido añadiros una carga con vuestro deseo de matar a mi padre. —Ahí es donde ella quería llegar.

Levirat se irguió a la defensiva.

—Matar a vuestro padre, no resulta una carga para mí, ni para nadie.

—Ese comentario duele más de lo que imagináis —comentó Esmeralda, consciente de que él llevaba razón. Sin embargo, admitir que su padre era un tirano, no significaba ni mucho menos que a ella no le doliese que así fuera.

—¿Y qué queréis que os diga? —estalló el guerrero—. ¿Qué todo esto no ha sido más que un malentendido y que Sedroul no asesinó a mi mujer? Ojalá así fuera, porque eso significaría que ella estaría viva y que yo jamás os habría conocido.

—¿Por qué me odiáis? —preguntó indignada la princesa—. Comprendo vuestro dolor y creedme que lo comparto, pero no es justo que reprochéis a mi padre un acto que vos igualmente vais a cometer y ese acto se llama asesinato.

—Yo no os odio, Esmeralda. Odio a vuestro padre por lo que me hizo. Por quitarme lo que yo más amaba en este mundo. Tampoco pretendo cargarme de argumentos y excusas para justificar el crimen que tengo planeado cometer. No lo hago por hacer justicia ni por honor.

—Entonces, ¿por qué lo hacéis?

—Por encontrar la paz que él me arrebató —dijo dándose la vuelta dispuesto a marcharse. Se detuvo y la miró a los ojos—. Sois una mujer muy valiente y bastante sabia para ser la hija de quien sois. Me alegra saber que matando a vuestro padre, no solo conseguiré mi objetivo, sino que los mágodes obtendrán por fin el soberano que se merecen.

—Eso es asunto mío y no vuestro.

—La única forma que tendréis de evitar que yo ejecute a Sedroul es matándome a mí primero.

—A cada uno, nos ha tocado una carga con la que vivir.

—Que así sea entonces —aceptó el nepteriano, inclinando la cabeza a modo de saludo, para después retirarse.

Esmeralda se arrepintió de hacer tal comentario al guerrero, pero una parte de ella sabía que era verdad. Ella no podía permitir que Levirat se enfrentase contra su padre. Sencillamente, sabía que si él se acercaba a Sedroul, acabaría muerto. Nadie que se hubiese atrevido a atentar contra la vida de su padre había salido jamás con vida. Si alguno había tenido la fortuna de escapar, después de haberlo intentado, no había sido por mucho tiempo. No soportaba imaginar a Levirat a merced de su padre. Ella ya sabía lo que era ser víctima de su delirio. Ya era cruel con los mágodes. ¿Qué no le haría a un nepteriano con el odio que sentía hacia ellos?

La princesa se dijo de nuevo que aquello no iba a ocurrir. Ella lo evitaría. Se daría dos semanas de preparación para enfrentarse a su padre. Practicaría magia a todas horas, buscando ser mejor que él. Ser más poderosa, ser más fuerte, porque no iba a permitirle hacer daño a nadie más. Ni a su pueblo, ni a ella, ni a Levirat.

Aquel día, Esmeralda fue consciente de lo que conllevaba tomar aquella decisión. Aceptar enfrentarse a su padre en un duelo, era aceptar que sería la futura reina de los mágodes en caso de que venciera. Era aceptar que jamás podría vivir su amor por Levirat.